

MIGUEL GIUSTI
RAFAEL SÁNCHEZ-CONCHA
(EDITORES)

UNIVERSIDAD Y NACIÓN

Capítulo 21



FONDO
EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

Universidad y nación

Miguel Giusti y Rafael Sánchez-Concha (editores)

© Miguel Giusti y Rafael Sánchez-Concha, 2013

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2013

Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú

Teléfono: (51 1) 626-2650

Fax: (51 1) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones

Diseño, diagramación, corrección de estilo
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Primera edición: agosto de 2013

Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2013-11642

ISBN: 978-612-4146-48-0

Registro del Proyecto Editorial: 31501361300637

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

¿POR QUÉ CONSIDERAMOS BUENO A *NUESTRO PAÍS*?

Benedict Anderson*
Cornell University

Queridos colegas y autoridades de la Pontificia Universidad Católica del Perú:

Es un gran honor para mí el poder estar aquí con ustedes el día de hoy. Me siento muy conmovido y honrado por este doctorado *honoris causa*; es un regalo que jamás imaginé recibir. Antes de dar inicio a la conferencia que he preparado, quisiera compartir con ustedes dos detalles anecdóticos. El primero está vinculado al vuelo que tomé para llegar aquí desde São Paulo. Una vez instalado en mi asiento, lo primero que la aeromoza me alcanzó fue un grupo de periódicos de Lima y, para mi sorpresa, en todos ellos aparecía la Pontificia Universidad Católica del Perú en primera plana, motivo por el cual tuve un vuelo muy grato informándome sobre la universidad que me recibiría. La universidad de la que provengo nunca ha estado en la primera plana de ningún periódico, por lo que presumo que ustedes se sentirán muy orgullosos. El segundo detalle es que dentro de dos días cumpliré 75 años y por ello considero este nombramiento como un generoso, amable y poco frecuente regalo de cumpleaños, por el que les estoy sinceramente muy agradecido.

* Traducción del inglés de Alexandra Alván.

El tema al que he decidido dedicar mi conferencia se expresa en una pregunta un tanto extraña: «¿Por qué consideramos bueno a nuestro país?». Con *nuestro país* me refiero naturalmente al país de cada quién. A partir de lo que se lee en los periódicos, lo natural suele ser el sentimiento de que el propio país no tiene esperanza alguna; sin embargo, pese a ello, siempre queremos creer que *nuestro país* es básicamente bueno, y la pregunta que me interesa discutir es ¿por qué?, ¿por qué pensamos que *nuestro país* es básicamente bueno? Para empezar, quisiera detenerme en la gran diferencia que existe entre los apegos que suscitan el nacionalismo y la religión, respectivamente, haciendo hincapié en lo curioso que es a este respecto el nacionalismo. Si consideramos el caso de la religión, notaremos que sería muy difícil emplear las palabras estándar que la gente normalmente utiliza en relación con el nacionalismo. En este último caso, las personas suelen afirmar: «este es mi país, esté en lo correcto o esté equivocado», lo cual equivale a decir: «incluso si mi país está equivocado, aun así lo amo». En contraste, notaremos que no es posible decir: «amo mi religión, esté en lo correcto o esté equivocada»; la religión parecería no poder estar equivocada. Por otra parte, si observamos las representaciones que se hacen del cielo y del infierno las distintas religiones, descubriremos que las naciones, cualesquiera que estas sean, no están ni pueden estar en el cielo ni tampoco en el infierno. Es decir, no hay lugar en el cielo ni en el infierno para estas colectividades, lo cual muestra que el nacionalismo, si bien es utópico, lo es en un sentido *animista*.

Quisiera plantear a continuación un ejemplo para aclarar esta naturaleza utópica, *animista*, del nacionalismo. Si en Estados Unidos uno se dirigiese a una persona cualquiera y le preguntara: «¿dónde piensa usted que está Abraham Lincoln ahora?», «¿piensa usted que está en el cielo o en el infierno?», la persona seguramente pensaría que no es posible que Abraham Lincoln esté en el infierno. Sin embargo, la idea de que pueda encontrarse en un lugar tan distante como el cielo tampoco le resultaría aceptable. Entonces, se asume de algún modo la idea básica de que

Lincoln «está por aquí»; no puede estar tan lejos como en el cielo, debe estar más cerca. Considero que este ejemplo ilustra lo que de hecho encontraríamos en la mayoría de países: que la gente no siente que los líderes políticos, los líderes morales o los escritores, por ejemplo, estén en lugares tan lejanos como el cielo o el infierno. Esto nos muestra algo acerca del carácter peculiar del nacionalismo.

Un segundo asunto respecto de la naturaleza del nacionalismo, que apunta en la misma dirección y que merece ser observado, son los sentimientos que tienen los ciudadanos o los miembros de una nación que creen en la idea «este es mi país, esté en lo correcto o esté equivocado». Se trata de sentimientos que incluso podemos identificar de manera clara en algunas situaciones o experiencias de nuestras propias vidas. Desearía compartir con ustedes un par de ejemplos de este tipo, inspirados en mi propia experiencia personal. Cuando yo era niño, mi madre, a quien le encantaba regatear, solía llevarme de compras con ella por ser el hijo mayor. Al regatear, ella entablaba discusiones con los vendedores que producían en mí un sentimiento terrible de vergüenza. Recuerdo que solía pensar, mientras estaba parado a su lado, «por favor mamá, detente, por favor, detente, estoy tan avergonzado, quisiera que hubiese un agujero aquí en el suelo para poder meterme dentro de él». Asimismo, cuando mi hermano y yo íbamos a fiestas infantiles, con frecuencia él se portaba mal y golpeaba a otros niños. En esas situaciones, nuevamente me embargaba un sentimiento profundo de vergüenza y le pedía a mi hermano que por favor se detuviese, pues me avergonzaba. Lo que me interesa destacar con estos ejemplos es aquello que nos revela este sentimiento profundo de vergüenza.

El asunto crucial de la vergüenza es que ella revela los apegos que uno tiene. Volvamos a los ejemplos: el que un niño malo golpear a otro en una fiesta no es en sí mismo un hecho por el cual habría que preocuparse particularmente; bastaría con decirse a uno mismo que aquel es un «niño malo» o que se está comportando muy mal. Asimismo, ante la imagen de una mujer que le grita al encargado de una tienda,

basta con que uno se diga a sí mismo cuán maleducada o grosera es esa mujer; no es necesario preocuparse en demasía por el asunto. La vergüenza surge cuando se trata del propio hermano o de la madre, pues en estos casos no es posible simplemente pasar por alto el hecho, no podemos ignorar o desechar al propio hermano o a la propia madre, lo único que podemos hacer es amarlos y sentirnos profundamente avergonzados al mismo tiempo. Es el mismo sentimiento del que era posible ser testigo en los Estados Unidos durante la Guerra de Vietnam. En ese entonces, era frecuente encontrar en las grandes manifestaciones contra la guerra a muchas personas mayores. Lo curioso es que cuando se les preguntaba por qué asistían a dichas manifestaciones, su respuesta era que se sentían tan avergonzados de su propio país que sentían la necesidad de hacer algo al respecto, algo que les permitiese sentirse orgullosos de su país nuevamente. Ahora bien, esta cultura de la vergüenza que hemos descrito brevemente es, notoriamente, en la antropología, la cultura del animismo, no la cultura de la religión como tal.

Aclarada la gran diferencia entre los apegos que despiertan el nacionalismo y la religión respectivamente, pasemos a ocuparnos de las razones por las que los miembros de una nación creen realmente en la bondad de esta. Para ello, empezaré por relatar un extraño episodio que es bastante ilustrativo. En 1895, el famoso sociólogo alemán Max Weber obtuvo un trabajo en la Universidad de Friburgo, motivo por el cual debía dar una lección inaugural en dicha universidad. Pues bien, lo que Weber hizo fue básicamente explicar por qué estaba tan avergonzado de su país. Sostuvo que la aristocracia estaba agotada, atrasada, que carecía de la educación tecnológica necesaria y que era llanamente inútil; que la alta burguesía temía tanto a la clase trabajadora que anhelaba la llegada de una dictadura que aplastase y salvase a la alta burguesía; que la pequeña burguesía era filistea e incapaz de preocuparse por nada más que por su propia existencia cotidiana; y, por último, que la clase trabajadora tampoco era educada y que no podía permitirse que sus miembros alcanzasen el poder en Alemania.

Luego de caracterizar al pueblo alemán de este modo, parecería que el único buen alemán que quedaba, en ese entonces, era el propio profesor Max Weber. Pero de inmediato introduce él una imagen bizarra y fascinante; le dice a su audiencia:

Si pudiéramos levantarnos de la tumba después de miles de años, serían las huellas remotas de nuestra propia naturaleza las que buscaríamos frente a las generaciones futuras. Hasta nuestros ideales terrenales más elevados y últimos son cambiantes y transitorios. No podemos desear imponerlos al futuro. Pero sí podemos desear que el futuro reconozca en nuestros modos de vida, los modos de sus *propios antepasados*. Nosotros, con nuestro trabajo y nuestra naturaleza, deseamos ser los antepasados de las generaciones futuras. Deseamos convertirnos en los padres fundadores de la raza del futuro [*Zukunftsgeschlecht*], es decir, deseamos que en el futuro nuestro pueblo pueda respetarnos y admirarnos (1999, p. 129).

Ahora bien, lo extraño aquí es que Weber se piense a sí mismo, primero, como muerto, y luego como saliendo de su tumba miles de años en el futuro para recibir la admiración y el respeto de los futuros alemanes. Al margen de lo extraño del ejemplo, lo que me interesa resaltar es el hecho de que este autor insista en que los alemanes actuales tienen una obligación con los del futuro. Él no quiere que su Alemania actual, la de la década de 1890, sea una fuente de vergüenza para los futuros alemanes. Además del tema de la vergüenza ya discutido, resulta interesante notar que no hay un límite para el número posible de futuros alemanes. Hay muchos más alemanes no-nacidos que la cantidad de alemanes que hay en la Alemania de su tiempo; si se quiere, hay una mayoría de alemanes aún no-nacidos.

Aunque lo que acabamos de explicar pueda parecer un poco descabellado, de hecho es posible encontrar este compromiso con los aún no-nacidos en la retórica del nacionalismo por doquier. A los miembros de una nación se les pide que sacrifiquen a veces sus vidas si la nación está en guerra, que sacrifiquen sus impuestos, que sacrifiquen mucho

por una mejor educación, por museos, por el bien de la ecología, para ahorrar recursos, etcétera. Todos estos pedidos o exigencias implican un mandato: «no lo hagas» o «hazlo ahora» por los futuros ciudadanos. Lo interesante acerca de los futuros ciudadanos es que, como señala Weber, probablemente no sean como los actuales, como nosotros. Las ideas actuales van a cambiar, no tienen permanencia. Además, no es posible saber quiénes son esos futuros ciudadanos, no es posible saber nada acerca de ellos, lo único que se sabe es que probablemente la mitad de ellos sean hombres y la otra mitad mujeres. Lo curioso es el hecho de que aquello que hace buenos a los futuros ciudadanos es precisamente el que no podamos decir nada definitivo acerca de ellos, pues esto implica que no han hecho nada malo aún. La noción de *los no-nacidos* es la de personas que son todavía inocentes. Se trata de personas que aún no se sabe quiénes son. Esta visión del futuro no incluirá concretamente, por ejemplo, a los tataranietos de Alberto Fujimori o de Alan García, pues puede que a estos se los odie mucho, pero no se odia a los aún no-nacidos, a aquellos que guardan la posibilidad de la bondad futura de la nación. Por tanto, el futuro es una fuente muy importante de la moralidad y la bondad del país, porque las personas que este implica no han aparecido aún y no pueden, por ello, haber hecho todavía nada malo.

La segunda fuente de la bondad y moralidad de la nación es más fácil de imaginar. Esta vez quisiera emplear un ejemplo de los Estados Unidos y, en particular, de la Universidad de Yale, donde alguna vez enseñé por un breve tiempo. Desde la universidad es posible avistar una colina en cuya cima hay un monumento de guerra en honor a las personas de la región que murieron en alguna de cuatro distintas guerras. Estas guerras son muy diferentes una de otra. La primera es una guerra gloriosa, la que tuvo lugar para liberar a los Estados Unidos del imperialismo británico. La segunda es una guerra cruenta, ocurrida en 1812 cuando los estadounidenses intentaron tomar Canadá de los británicos; los estadounidenses perdieron la guerra y los británicos incendiaron Washington DC, lo que provocó la trágica muerte de muchas personas.

La tercera fue incluso peor: fue aquella librada contra México; una guerra claramente injustificada e imperialista. Y la última es la Guerra Civil, que fue muy trágica y extremadamente sangrienta. En el monumento es posible encontrar víctimas de las cuatro. Lo interesante del caso es que no importa en qué guerra murió el soldado que está siendo honrado, si en la guerra injusta, en la fracasada, en la gloriosa o en la trágica. Lo crucial es que toda esa gente murió por su país en estas guerras y, habiendo hecho eso, no es posible que haya algo malo en ellos. En la medida que han dado su vida por su país se debe honrar y respetar a estas personas. Pero, ¿quiénes son? Lo sorprendente, nuevamente, es que lo único que se puede ver en el monumento es una extensa lista de nombres en orden alfabético, una lista que no permite saber nada acerca de los muertos. No es posible saber qué edad tenían, qué religión profesaban, ni qué grado de educación alcanzaron. Lo único que los nombres permiten descifrar es acaso que uno de los soldados honrados era de ascendencia irlandesa, otro tal vez de ascendencia judía; no más. Así, resulta, pues, que los muertos son muy importantes para el nacionalismo, especialmente cuando no se sabe nada acerca de ellos, cuando no se sabe quiénes son.

Quisiera llamar su atención sobre esta extraordinaria peculiaridad del nacionalismo: su capacidad para inventar formas tan extrañas de memoria como, por ejemplo, la tumba del soldado desconocido, monumento en el cual lo fundamental es precisamente que el soldado sea desconocido. Es tan importante que lo sea que cuando los británicos inauguraron esta forma de memoria tuvieron una discusión de gabinete para analizar la posibilidad de que alguien pudiese descubrir quién era el soldado desconocido; su preocupación los llevó incluso a decidir que se mezclaran los restos de cuatro o cinco personas en la tumba, sin revelárselo al público. El hecho fue que el monumento cumplió su función a cabalidad, pues las personas se sintieron muy conmovidas por el soldado desconocido. Tenemos aquí una imagen perfecta de la idea que tiene una nación del «verdadero ciudadano», el «verdadero británico»,

el «verdadero francés», «el verdadero estadounidense», etcétera; son hombres y mujeres desconocidos, sin nombres. Hay otros ejemplos de este tipo de monumentos, como el cenotafio, una tumba en la que no hay nadie dentro, pero que es, precisamente por ese motivo, una tumba llena de fantasmas nacionales. Esto nos permite trazar un paralelo con lo que ocurría con los no-nacidos. Descubrimos así que los muertos, de algún modo, son también desconocidos, hombres y mujeres sin nombres, e incluso si fueron malos no es posible saber cuán malos fueron ni interesa saberlo; son todos ciudadanos, miembros de la nación, fallecidos por ella. Eso basta para que merezcan un cierto tipo de respeto y significa también que no es posible concebir a los muertos como si estuviesen en el cielo o en el infierno; hacerlo dividiría a la nación.

En conclusión, los estadounidenses, por ejemplo, no imaginan que todos sus compatriotas se han ido al infierno o al cielo luego de su muerte; al igual que Lincoln, los estadounidenses muertos serían espíritus o fantasmas que no están muy lejos de los miembros actuales de la nación, de todos nosotros. Lo interesante del caso es que los muertos serían entonces también inocentes al igual que los no-nacidos. Desde un punto de vista académico y un tanto cruel, sin embargo, podría sugerirse que este tipo de tumbas, la tumba de los desconocidos, de aquellos que no tienen nombre, no sirve como registro de lo ocurrido porque no se consigna en ella a cuántas personas mataron los difuntos que allí yacen. Si alguien tuviese la intención de llevar a cabo una investigación para determinar a cuántas personas mató cada uno de los soldados honrados en el lugar, provocaría una reacción muy negativa, debido a que las personas homenajeadas no son honradas por matar enemigos, sino por sacrificarse. Asimismo, observamos que casi todas las medallas que los ejércitos entregan son otorgadas por los sacrificios realizados, no por asesinar a un cierto número de enemigos. Por tanto, es posible concluir que el gran número de personas muertas de una nación es la segunda fuente de su bondad. A propósito de este mismo tema, podemos recordar un pasaje maravilloso de Michelet en su *Historia de Francia*.

Nos dice allí que él se propone escribir la historia de Francia porque hay muchos franceses que vivieron en la Edad Media o en otras épocas antiguas que no sabían que eran franceses, pero él sabe que lo fueron, y, entonces, es su trabajo hablar por ellos, ya que no pueden hacerlo por sí mismos. Nos encontramos con la idea sofisticada y académica de que, de algún modo, Francia no existía en esos tiempos porque nadie se consideraba francés, y, sin embargo, el académico Michelet está persuadido de que eran franceses y se propone hablar por ellos.

A continuación mencionaré rápidamente otras dos fuentes posibles de la bondad de la nación. El ejemplo que quisiera presentar proviene de Noruega. Este país tiene la peculiaridad de celebrar su Día de la Independencia (su liberación de Suecia alrededor de 1905-1906) de un modo inusual: con una fiesta infantil. Ese día, todos los niños menores de doce años visten maravillosos trajes tradicionales y salen a las calles en un gran desfile en cada pueblo noruego. Cuando se pregunta a los noruegos por lo extraño que es que no todos en la sociedad celebren el día nacional, sino solo los niños, responden que eso no tiene nada de extraño, pues los únicos verdaderamente buenos noruegos son los niños. La idea que está detrás de esta afirmación es que un adulto no podría ser un muy buen noruego. Pero eso no es todo. El asunto es más interesante porque nos remite a un modo de referirnos a los niños y de hablar de ellos más general, que no es exclusivamente noruego. En todos los países existe la idea de que se hacen sacrificios por los niños, por lo buenos que son. Y no se trata de una consideración del propio hijo o niño; al contrario, este puede ser más bien considerado como muy malcriado. Se trata de una consideración de los niños en general; son ellos, así vistos, quienes son buenos. Lo que ocurre con los niños es que, de algún modo, son concebidos como una «vanguardia» de los no-nacidos, con lo cual ya no es necesario esperar diez mil años por ellos. Los niños son quienes encabezan la fila de futuros miembros de la nación. Gozan de esta condición, sin embargo, por un corto tiempo. Rápidamente podrán adquirir los vicios o problemas de los miembros

actuales de la nación, pero entretanto habrá más no-nacidos naciendo y llenando este lugar en la sociedad que es el de los niños por los que debemos hacer sacrificios. Nuevamente vemos en este caso que nadie se pregunta cuál es el nombre del niño, cuál es el colegio en el que estudia, etcétera, nada de eso importa. Lo importante es el colectivo que se presenta ante la sociedad.

La última fuente de la bondad de una nación es bastante extraña y peculiar, pero muy interesante. El ejemplo proviene, en este caso, de la India, en donde, en años recientes, se ha desarrollado un movimiento social muy fuerte a favor del celibato masculino. Se trata de un movimiento marcadamente de derecha. El movimiento está liderado por gurús que sostienen que la juventud hindú está siendo corrompida por el consumismo, la cultura de Hollywood, la decadencia occidental, etcétera. Y que, como resultado de esto, los jóvenes de la India son poco sanos, egoístas, cínicos, poseídos por el sexo y dados a la masturbación y la perversidad. Lo que los gurús proponen es combatir esa corrupción por medio del celibato y se dedican a adiestrar a los jóvenes a vivir célibes. Esta postura se funda, en parte, en la religión hindú, en la que existe la creencia de que el semen masculino no es solo un fluido para la reproducción sino también la base de una fortaleza física y espiritual que no debe desperdiciarse. Sin embargo, el interés por el celibato no es exclusivo de la India. Si uno observa la historia de la Europa de finales del siglo XIX y de pleno siglo XX, es posible encontrar movimientos como el de los *Boy Scouts*, por ejemplo, iniciado en Inglaterra, que también sostenía que los muchachos debían ser disciplinados, puros, no practicar el sexo, que debían ayudar a las personas que los rodeaban y llevar a cabo una buena acción cada día. En ese sentido, estos movimientos invocan y evocan una larga tradición de ascetismo occidental que puede encontrarse en la historia de los monasterios y otros casos parecidos. A partir de estos casos, es posible apreciar, además, que la juventud es vista como una suerte de extensión de la infancia y que, por ende, los jóvenes deben ser tan buenos como sea posible.

Los problemas parecen comenzar cuando se alcanza la mayoría de edad, etapa de la vida que coincide con la habilitación para ejercer el derecho de voto. El voto adopta la figura de la serpiente en el jardín del Edén, de la tentación; por su intermedio, el individuo toma una decisión que equivale a decir: «amo al partido comunista y odio al partido republicano», por ejemplo. Pero lo importante es que, sea cual sea la decisión tomada, el voto es una señal de conflicto, de que la nación le exige al individuo elegir, tomar posición entre los ciudadanos. El joven se vuelve adulto y, en un sentido, se le exige actuar como Eva o Adán. Así, la gran diferencia entre la vanguardia de los no-nacidos y los ciudadanos o miembros actuales de la nación es la diferencia que existe entre el acto político de votar y el de simplemente no votar. No votar es no estar contaminado por la política, no verse escindido por el voto partidario.

La importancia del acto de votar, en un sentido moral, reside en su profunda ambivalencia. De un lado, el acto es pensado como algo positivo y constructivo: los niños o jóvenes finalmente acceden a un derecho y hacen algo bueno por su país, en el preciso momento en que dejan de ser niños. Pero el mismo acto, de otro lado, abre el camino también para el surgimiento de la división entre malos y buenos ciudadanos a los ojos de todos. Volviendo al ejemplo recientemente citado, los jóvenes indios no están pensando solo en llegar a ser más religiosos; su movimiento les enseña que todos deben estar dispuestos a hacer grandes sacrificios por una diosa que nunca antes había existido, la «Madre India». Es extraño e interesante a la vez que un movimiento religioso tenga como objeto de adoración y obediencia a la «Madre India». Teniendo en cuenta que en muchos países se piensa al propio país como madre patria, vale la pena prestar atención a la relación antropológica peculiar que existe entre la madre y los hijos en general. Básicamente, los hijos no podrían existir sin la madre, están absolutamente prohibidos de pensar en la madre en un modo sexual, y, como hermanos y hermanas, deben ser solidarios entre sí y preocuparse por la madre y cuidarla.

De esta relación se deriva un tipo especial de moralidad, semianimista, que tipifica con cierta sobriedad la manera en que las personas se vinculan unas a otras en el nacionalismo. No es común ni imaginable que los líderes políticos se dirijan, por medio de la televisión, por ejemplo, a los ciudadanos refiriéndose a ellos como «sus hijos». Es imposible emplear este tipo de lenguaje frente a los ciudadanos, pues se sabe que «son culpables», que han votado. Por el contrario, se utiliza el lenguaje austero del celibato o de la hermandad: «hermanos y hermanas, debemos hacer algo importante por el país». No se puede hablar de padre e hijo o de abuelo y nieto; la relación tiene que ser horizontal y el vocabulario de «hermanos y hermanas» es básico para expresar una relación de este tipo. Se trata de un asunto sobre el que valdría la pena detenerse para detectar una diferencia más del lenguaje del nacionalismo con respecto al de la religión.

Pero además, y para terminar, cabe notar que ese lenguaje también impone ciertos límites al modo en el que puede expresarse la hostilidad entre ciudadanos de un mismo país. Para aclarar esto, presentaré un último ejemplo, impactante, de la Primera Guerra del Golfo. Los pilotos estadounidenses de las fuerzas que atacaban a Saddam Hussein frecuentemente escribían sobre la superficie exterior de sus aviones las palabras «*Saddam, bend over*», expresión que significa «Saddam, vengo a sodomizarte». El hecho de que Saddam y Sodoma sean términos fonológicamente similares simplificaba la asociación expresada en las inscripciones. El mensaje subyacente a dichas inscripciones sería: «este es el enemigo; si los capturamos sodomizaremos a todos esos malvados». Lo interesante es que este tipo de lenguaje está absolutamente, moralmente, *prohibido*, dentro de los Estados Unidos, a pesar de lo violentos que pueden ser el lenguaje y la cultura estadounidenses. No sería posible encontrar una calcomanía que dijese «George Bush, bend over» u «Obama, bend over». Esto se debe a que cualquier tipo de expresión de ataque sexual o con una carga sexual es del todo inaceptable, porque la idea de ciudadanía o de nación está esencialmente asociada

no solo a los futuros ciudadanos o a los ciudadanos fallecidos o a los niños de la nación, sino a un vínculo de solidaridad basado en esa extraña clase de celibato político que acabamos de describir.

Estas son algunas consideraciones que pueden llevarnos a entender por qué es razonable pensar que *nuestro país* es bueno.

BIBLIOGRAFÍA

Weber, Max (1999). The National State and Economic Policy (Freiburg Address). *Essays in Economic Sociology* (pp. 120-138). Editado por Richard Swedberg. Princeton: Princeton University Press.